

QUEVEDO, FRANCISCO DE (1580-1645)

*ENTREMÉS DEL NIÑO Y PERALVILLO DE MADRID*

PERSONAS:

MADRE  
NIÑO  
JUAN FRANCÉS  
ALONSO  
DIEGO  
COSME  
ANTONIO  
MANUELA  
ANA  
MARÍA

Salen la MADRE y el NIÑO.

MADRE.

Angelito, mis ojos,  
no vayas a la Corte, así yo viva,  
y te daré confites.

NIÑO.

No cheriva.

MADRE.

¿Qué gracia, y qué cheriva, y qué menuras?  
¿A Madrid quieres irte solo agora,  
y dejar a tu madre?

NIÑO

Sí, tenora,  
y ya que de ir estoy determinado,  
mama, no vaya el nene descuidado.  
El rodete que llevo  
en la cabeza puesto  
por no descalabrarme, si cayere,  
póngasele a mi bolsa y mi dinero;  
que en la Corte, de obra y de palabra,

el dinero es quien más se descalabra.

MADRE.

Y aunque Madrid es llano,  
la moneda, Perico, como corre,  
tropieza hasta en la palma de la mano;  
y es lugar tan enfermo de talego,  
que bolsa que parece que vendía  
salud, de lindo talle y de jarrete,  
la he visto yo morir de un piquete.  
Y porque el mal de ojo  
tu hermosura, Perico, no persiga,  
un perro muerto llevarás por higa.

NIÑO.

Porque algún melindrico no me empache,  
llevaré dos No quiero de azabache.

MADRE.

De la cartilla no te digo nada,  
porque allá hay gentecilla  
que leerá a los diablos la cartilla.  
Sólo quiero advertirte  
que si a rondar alguna niña fueres,  
y algún valiente amigo,  
como sucede a todos, se te ofrece  
para ir a guardarte las espaldas,  
le digas: «Caballero,  
deje la espalda, y guárdeme el dinero.»

NIÑO.

Sí, mama, que ya he oído  
que en visita de tocas y de faldas  
peligran faltriqueras y no espaldas.  
¿Para qué chero yo esta campanilla?

MADRE.

El dij que llevas tú más importante  
es, si se considera:  
que en la Corte, Perico, de cualquiera  
gustan de tocar algo las mujeres.

NIÑO.

Y ya que han de tocar hechas lagartos,  
toquen mi campanilla, y no mis cuartos.  
Déme su bendición.

MADRE.

Dios te bendiga.  
Y mira, mi Perico,  
que cuando te pidieren  
las doncellas de uña,  
como sortija gente de la carda,  
que te acuerdes del ángel de tu guarda.

NIÑO.

Nene chiquito y solo  
contra niñas arpías,  
por devoto tendré Abary Matías.

Vase la MADRE y queda el NIÑO, y sale JUAN FRANCÉS, de amolador, con su  
carretón.

JUAN.

¡Amolar, [amolar]  
tijeras y cuchillos! Vive Cristo,  
que ha hecho Juan Francés más daño a España  
con este carretón y ruedecilla  
que la Cava y los moros en Castilla.

NIÑO.

Cheriva yo saber cómo has podido  
destruir la Corte con aquesas ruedas,  
que hueles a gabacho.

JUAN.

¡Válate los demonios por muchacho!  
Vive Dios, niño, que con este carro,  
que como babador traigo vestido,  
he hecho yo más daños que hizo el Draque,  
amolando tijeras a los sastres  
amolando cuchillos de escribanías,  
con que tajan las plumas  
los escribanos; pues en este tajo  
todo hombre se condena  
cerca del Tajo, en soledad amena.  
Yo gano de comer como sobrina,  
con tía y con agüela,  
chorrillo y vueltas, rueda y una muela.

NIÑO.

Las muelas de unas viejas hechiceras,

todas son muelas de amolar tijeras;  
que amolar niñas contra los chiquillos,  
es amolar navajas y cuchillos.

JUAN.

Lástima me da el verte  
ir a Madrid, muchacho, de esa suerte;  
mas, para que escarmientes,  
quiero enseñarte dónde está primero,  
porque te sirva, al navegar, de norte  
el triste Peralvillo de la Corte.  
No hacen cuartos aquí al ajusticiado;  
que el deshacelle cuartos  
al mozo de más linda cara y talle,  
eso es ajusticialle.

NIÑO.

Y de ese Peralvillo que ahora lloras,  
los cuadrilleros son estas señoras,  
que con dacas buidos  
y tomas penetrantes,  
si no los asaetean,  
los ajoyan, y piden, y tiendean.

Sale atravesado de varas de medir, medidas de sastre y tijeras, ALONSO.

JUAN.

Este que, vareteado,  
diciendo está «Tijeretas»,  
pasado de parte a parte  
de varas y de tijeras

ALONSO.

Lanzada de sastre izquierdo  
el corazón me atraviesa.

JUAN.

Mercader enherbolado  
le ha pasado a puras sesmas:  
en las agujas el sastre  
puso a sus retazos yerba.

NIÑO.

Cebones son de las bolsas  
los mercaderitos, nenas,  
pues varean el dinero

y nos hozan la moneda.

ALONSO.

De un pujamiento de enaguas,  
de un flujo de saya entera,  
yo Alonso-Alvillo he quedado  
en Peralvillo de cuenta.

NIÑO.

Las que priváis con los sastres,  
mirad bien por vuestra seda.

Aparécese, rodeado de ollas y pucheros y asadores, DIEGO.

JUAN.

Este pobre Diego-Alvillo,  
que atenaceado se muestra  
de ollas y de pucheros  
y de comidas y cenas,  
ha sido marqués del Gasto  
de unas tarascas morenas;  
hoy es conde de Sinarcas,  
de Sinblancas, de Sinnegras.

DIEGO.

Las ollas de cada día  
me sorbieron la hacienda.

NIÑO.

Nene, no gasten sus ollas  
con sus propias coberteras.

Aparécese lleno de procesos, escribanías, y plumas en el cabello y las manos, COSME.

JUAN.

Este pobre Cosme-Alvillo,  
que ajusticiado se muestra,  
vertiendo tinta por sangre,  
pasado de pluma y sepan,  
los que le hicieron la causa  
le deshicieron la venta.  
La letra le entendió a él,  
mas él no entendió la letra.

COSME.

La desdicha de mi pluma

no hay demonio que la entienda:  
escribanos me la ponen  
y mujeres me la pelan.

NIÑO.

El tragar las plumas da  
muermo, de todas maneras;  
si es de escribano, a las bolsas;  
si es de gallina, a las bestias.  
Sean las niñas bien prendidas,  
mas no los que las sustentan,  
que el soplillo de los mantos  
se ha pasado a las Audiencias.

Aparécese lleno de carteles de comedias y papelones de confitura, ANTONIO.

JUAN.

El pobre de Antonio-Alvillo,  
fue galán de extraña tema,  
asaeteado de dulces,  
de aposentos y comedias.  
La nunca vista le saja,  
astillas le hace la nueva,  
si escribe Mira de Mosca,  
si escribe Lope de Vergas.

ANTONIO.

Si vuelan los Antecristos,  
con mi dinero se vuelan;  
si baja Luisa de Robles,  
mis pobres cuartos me cuesta.  
No quiere subir Vallejo,  
y por ver cómo se queda,  
de miedo de las tramoyas  
antecristo barbinegra,  
pago aposento y confites  
si la silban por las fiestas;  
si hay hedor, pago el hedor,  
que aun no aprovecha que hiedan.

NIÑO.

Eso es andar el dinero  
del pobrete que os celebra,  
cual de Herodes a Pilatos,  
de arrendadores a puertas;  
pero ya dicen que agora

los valencianos se sueltan  
con todo el Juicio final,  
resurrección y trompeta;  
pues para los dos hermanos  
dos juicios habrá por fuerza,  
y Los juicios parecidos  
se llamará la comedia.

Descúbrense dos palos vacíos.

JUAN.

Estos dos palos que miras  
sin algún gastado acuestas,  
estaban para los hombres  
que dan aguinaldo y ferias.  
Ha seis años que se vieron,  
sin que dellos haya nuevas;  
ni mercaderes las saben,  
ni joyeros las sospechan.  
Tras ellos han despachado  
dos muchachas ojinegras  
que con cuidado los busquen,  
y si los topan los prendan.

NIÑO.

Para dueñas y escuderos  
aun no les valdrá la Iglesia:  
suelten tías por el aire,  
suelten madres por la tierra.

Descúbrese una bolsa vacía encinta de dos huesos de muerto.

JUAN.

Esta que miras al cabo  
triste bolsicalavera,  
notomía de las lindas,  
esqueleto de las feas,  
es la bolsa condenada,  
que, cercada de culebras,  
está en los eternos dacas,  
ardiendo en uñas eternas.

NIÑO.

Nenes, mirad lo que somos.  
quien bien guarda, sólo medra,  
veis allí las sepulturas

que la dejaron tan seca.  
Esos gusanos con moño,  
ataúdes con guedejas,  
la comieron lo de dentro,  
la rayeron lo de fuera.  
En esto habéis de parar  
las más ricas faltriqueras:  
miradla, mirad con miedo  
a quien chuparon con fuerzas.  
A voces está diciendo  
con aquella boca abierta,  
desdentada de doblones,  
al talegón que está cerca.  
«Tú que me miras a mí  
tan triste, mortal y feo,  
mira, talegón, a ti,  
que como te ves me vi,  
y veráste cual me veo.»

Salen MANUELA, ANA y MARÍA.

MANUELA.  
¡Ay, qué linda criatura!

MARÍA.  
¡Ay, cómo llora!  
Los dientes deben de salirle agora.  
Dame la bolsa, y quitaréte el moco.

NIÑO.  
¿Dame la bolsa? Coco, Coco, Coco.

MANUELA.  
Mil sales tienes; eres lindo: daca.

NIÑO.  
¿Daca tras lindo? Caca, caca, caca.

MANUELA.  
¡Oh, qué mal niño eres!  
No veo que a darme nada te acomodes.  
Lástima fue no dar contigo Herodes.

NIÑO.  
Yo soy, aves diabólicas con manto,  
el Niño de la guarda sin ser santo;

y seré, si porfían  
y anda el enredo listo,  
el Niño de la piedra, vive Cristo.

ANA.  
Cantemos al muchacho.

NIÑO.  
Si me cantan, darélas.

MARÍA.  
¿Qué darás?

NIÑO.  
Atenc[i]ón a las vihuelas.

Cantan.

Pues que da en no darnos  
este muchacho,  
bien será que le demos  
todas al diablo.  
Niño de mis ojos,  
haz cuando lloras  
para ti pucheros,  
para mí ollas.

NIÑO  
Dar en vuesastedes  
yo vengo en ello;  
pero dar a vustedes  
yo lo condeno.  
Todos den, y nadie amague.  
Quien tal hace, que tal pague.

FIN